

EUCARISTÍA INICIO SÍNODO DIOCESANO DE SAN SEBASTIÁN

Homilía. Seminario, 17 de octubre de 2026

Anai-arreba maiteok:

Hay días que pasan sin pena ni gloria. Y hay días que, sin saber todavía todo lo que traerán, sentimos que quedarán escritos en la historia de una Iglesia.

Creo que hoy es uno de esos días. Bai, gaur horietako egun bat da.

Nuestra diócesis de San Sebastián tiene ya 76 años de vida. Asko bizi izan da. Ha conocido tiempos fecundos y tiempos difíciles; aldaketa handiak eman dira gure gizartean eta dudarik gabe, baita gure Elizan ere. Gipuzkoa ha visto nacer comunidades, parroquias, movimientos, iniciativas apostólicas. Asko jaso dugu Jaunarengandik. Y hoy, por primera vez en su historia, se dispone a celebrar un Sínodo Diocesano.

Eukaristia hau amaitu aurretik, deialdi-dekretua aldarrikatuko dut solemeki.

Pero antes de ese acto jurídico hay algo mucho más importante: ponernos delante del Señor.

Porque un Sínodo Diocesano no comienza con un decreto. Galdera konkretu batekin hasi behar da gure sinodoa:

Señor, ¿qué quieres de nosotros?

No: ¿qué Iglesia queremos nosotros?

No: ¿qué ideas conseguirán imponerse?

No: ¿quién tendrá finalmente razón?

Sino: Señor, ¿qué quieres de nosotros? ¿Hacia dónde quieres conducir hoy a esta Iglesia que peregrina en Gipuzkoa?

Por eso conviene decirlo desde el principio: un Sínodo no es un parlamento de la Iglesia. No venimos a medir fuerzas, a formar mayorías o minorías, ni a comprobar qué sensibilidad consigue imponerse. Venimos a discernir. Y discernir significa aceptar que ninguno de nosotros tiene de antemano todas las respuestas. Significa ponernos juntos bajo la Palabra de Dios y preguntarnos, con libertad y humildad: Espíritu Santua, zer esan nahi diozu gaur gure Elizari?

San Pablo nos acaba de regalar una palabra preciosa: «Tened un mismo sentir, un mismo amor, un mismo ánimo». Y añade: «No obréis por rivalidad ni por ostentación; considerad humildemente a los demás como superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses».

Hau bai programa ona gure Elizbarrutiko Sinodoa hasteko!

Porque podremos organizar muchas reuniones, constituir grupos, preparar documentos, escuchar aportaciones y celebrar asambleas. Todo eso será necesario. Pero si entramos en este proceso encerrados cada uno en lo suyo, defendiendo nuestras posiciones, nuestras sensibilidades o agendas, nuestros intereses, podremos hacer muchas cosas, pero no estaremos haciendo un verdadero Sínodo.

Necesitamos aprender algo mucho más difícil: permanecer juntos.

Y esto es especialmente importante hoy.

Vivimos también en Gipuzkoa un tiempo en el que el debate público se hace, en ocasiones, bronco. La polarización ideológica levanta muros con demasiada facilidad. Nos clasificamos, nos etiquetamos, sospechamos unos de otros. A veces parece que antes de escuchar lo que alguien dice necesitamos saber desde dónde lo dice, a qué grupo pertenece, en qué trinchera está o qué etiqueta podemos ponerle.

Y esa manera de relacionarnos puede entrar también en la Iglesia. Y esa sería su ruina.

Por eso creo que nuestro Sínodo tiene una responsabilidad preciosa: hacer de nuestra Iglesia en Gipuzkoa una profecía de comunión.

Profecía de comunión. Bai, komunioaren profezia munduaren aurretik, gure gizartearen aurrean.

Una comunidad donde podamos pensar distinto sin convertirnos en adversarios. Donde podamos discrepar sin romper la fraternidad. Donde aprendamos a escuchar antes de responder. Donde nadie necesite vencer al otro. Donde lo que nos une —Jesucristo— sea infinitamente más grande que aquello que pueda separarnos.

La comunión cristiana no es uniformidad. Una orquesta no produce armonía porque todos los instrumentos toquen la misma nota. La armonía nace precisamente cuando voces diferentes aprenden a escucharse y a servir juntas una misma música.

Y nosotros queremos escuchar esa música que no hemos compuesto nosotros.

Por eso hemos cantado hoy con el salmista: «El cielo proclama la gloria de Dios». Hay una voz que atraviesa la creación, una Palabra que nos precede. Antes de que nosotros hablemos, Dios ya está hablando.

Por eso el Sínodo será, ante todo, un gran ejercicio de escucha. Somos oyentes de la Palabra. A ella sometemos nuestro criterio, nuestra vida, nuestras esperanzas.

Espiritu Santuari entzungo diogu. Jaunaren hitza entzungo dugu. Nos escucharemos también unos a otros. Escucharemos a nuestras comunidades. Y tendremos que hacer un esfuerzo especial por escuchar a quienes hablan menos, a quienes están en los márgenes, a quienes se han alejado de la Iglesia, a los jóvenes, a los pobres y a quienes quizá tengan algo incómodo que decirnos.

Escuchar no significa dar la razón a todos. Significa algo más exigente: aceptar que el encuentro con el otro puede cambiarme. Que quizá yo no llegue al final del camino igual que he comenzado. Escuchar es dejar un espacio interior para que Dios pueda servirse también de la palabra del hermano o de la hermana —incluso de la palabra que me incomoda— para mostrarme algo que yo solo no soy capaz de ver.

Y eso exige mucha humildad. Porque al Sínodo no venimos únicamente a decir lo que pensamos, a hablar solo de lo nuestro. Venimos también dispuestos a dejarnos convertir.

El Evangelio que acabamos de escuchar nos lleva todavía más lejos. Jesús nos enseña cómo cuidar al hermano, cómo afrontar las dificultades dentro de la comunidad, cómo buscar la reconciliación. No nos promete una comunidad sin conflictos. Nos enseña algo más importante: cómo vivir los conflictos sin destruir la comunión.

Y termina diciendo algo extraordinario: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Por eso me gusta decir, me lo habéis oído por todos los rincones de la Diócesis que cuando celebramos juntos la fe, se produce el milagro de que la fe propia de cada uno se ve fortalecida. También nuestra común pertenencia, nuestra comunión se ve fortalecida.

Eta hor dago koxka! Ahí está el corazón de todo.

No estamos aquí solamente porque queremos organizar mejor nuestra diócesis. Ni siquiera porque queramos asegurar su futuro. No vamos a celebrar un Sínodo simplemente para cambiar estructuras, redistribuir tareas o administrar mejor unos recursos cada vez más limitados.

Estamos aquí porque Cristo está en medio de nosotros y porque hemos apostado por seguirle.

Él es el centro. Él es quien nos convoca. Él es quien nos envía. Y será Él quien nos ayude a discernir qué debemos conservar, qué debemos renovar, qué tendremos que dejar atrás y qué cosas nuevas tendremos el valor de comenzar.

Por eso no debemos tener miedo. Berarekin gertu, ez dago beldurrik.

Seguramente el Sínodo nos moverá de sitio. Nos pedirá conversiones. Tendremos que hablar de nuestras comunidades, de nuestras parroquias, de nuestros ministerios, de nuestra manera de evangelizar, de celebrar, de servir y de compartir responsabilidades. Askatasun handiz galdetu beharko diogu geure buruari zer behar duen gaur gure Elizak Jesukristo Gipuzkoan benetan iragarri edo aldarrikatzeko.

No partimos de cero. ¡Dios nos libre de caer en ciertos “adanismos”!, de pensar que la historia comienza con nosotros. Caminamos a hombros de gigantes. Nuestra Iglesia Católica, también en Gipuzkoa, tiene una historia, un pasado que agradecer, un presente que vivir, un futuro que soñar.

Durante estas últimas décadas y durante estos últimos años hemos ido caminando, escuchando, discerniendo. Muchas personas habéis trabajado generosamente en este proceso de renovación. Eskerrik asko, benetan. El Sínodo diocesano que hoy proclamamos solemnemente no rompe ese camino: lo recoge y lo quiere llevar un paso más adelante.

Y ahora llega el momento de hacerlo juntos. Denok batera; elkarrekin; zurekin; guztiekin. Sacerdotes, diáconos, vida consagrada, laicos y laicas; jóvenes y mayores; parroquias, comunidades, movimientos y realidades eclesiales. Diferentes, sí. Pero todos necesarios.

Anai arreba maiteok: Agian oraindik ez dugu somatzen, baina gauza handi bat hasten da gaur.

No sabemos todavía adónde nos llevará exactamente este Sínodo. Y quizá sea bueno que no lo sepamos del todo. Un Sínodo necesita también esta libertad: dejarnos sorprender por el Espíritu. Si ya supiéramos de antemano dónde tenemos que llegar, quizá no necesitaríamos hacer camino juntos.

Beraz, Konfidantza osoz hasten gara gure Sinodoa. ¡Abrámonos a la confianza!

Dentro de unos minutos convocaremos solemnemente nuestro primer Sínodo Diocesano.

Que nadie se quede mirando desde fuera. Que nadie piense: «Esto no va conmigo». Denok gaude gonbidatuta.

Hau da gure Eliza, hau da garaia. Esta es nuestra hora y esta es también nuestra responsabilidad.

Pidamos hoy al Señor una gracia muy sencilla: un corazón abierto para escuchar lo que el Espíritu quiera decir a nuestra Iglesia.

Y que, mientras caminamos juntos, esta Iglesia nuestra de Gipuzkoa pueda ofrecer humildemente a nuestra sociedad algo que hoy necesitamos todos: un testimonio real, una verdadera profecía de comunión hecha carne, que se pueda ver.

Eliza bat non desberdina dena ez da inoiz ez nire etsaia, nire anaia edo arreba baizik.

Que el Señor nos acompañe y nos ayude a llevar adelante todos estos buenos deseos. Hala bedi!